

EL ROSTRO DE NADIE

CAPÍTULO 1

Juan Carlos Serrano

PARTE PRIMERA

1

–Me llamo Roberto Freire, y soy un asesino.

Esas fueron las últimas palabras que la pareja escuchó de boca de aquel individuo antes de que éste abriera la puerta y abandonara la habitación. Un par de minutos después regresó. Llevaba consigo una pequeña bolsa de plástico de color verde oscuro de la que asomaba el extremo de una gruesa cuerda.

Lorenzo Navas se mantenía prácticamente en la misma posición de los últimos dos días, sentado en el suelo y con las rodillas flexionadas. Desde que la mañana anterior Roberto Freire entrara acompañado de alguien que él conocía muy bien, sabía que el final estaba cerca. Celia Santana era la mejor compañera de trabajo que había tenido en años, por eso cuando empezó a

sentir algo más que simple compañerismo, no dudó en llevar su relación más allá de los asuntos profesionales. En el suelo, maniatado, Lorenzo se arrepintió de haberla conocido. Celia lloriqueaba mientras observaba aterrada cómo su verdugo revisaba los nudos. En realidad no había parado de llorar desde que aquel ser despreciable la arrastrara hasta allí. Tampoco había dejado de preguntarse por qué tenía que pasarle a ellos, pero su tormento al contrario de disminuir, aumentaba conforme pasaban las horas. Por el contrario, Lorenzo conocía las respuestas a todas las preguntas de Celia; respuestas que nunca le diría. Angustiado, apoyó la cabeza en la pared por un momento, y recordó el maldito día que se cruzó aquel asesino en su vida.

Ocurrió al regresar a casa como cualquier otro día. Quizá era algo más tarde de lo habitual y seguramente fuera esa la circunstancia que Roberto Freire aprovechó. Era invierno y había llovido durante toda la tarde. La calle estaba medio desierta y la noche hacía horas que había caído. Pasó en cuestión de segundos y a escasos metros de la inmobiliaria donde trabajaba. Ni siquiera lo vio venir. Un duro golpe en la cabeza lo dejó sin sentido. Cuando despertó ya se encontraba en aquel viejo sótano, donde los ojos

del criminal no dejaban de observarlo. Tras incorporarse, éste comenzó a hablar.

–Te voy a explicar las reglas del juego –dijo el sujeto lentamente sin apenas pestañear.

Lorenzo trató de recuperarse, palpando con sus manos atadas el considerable bulto en el lado izquierdo de su cabeza. Medio aturdido, trató de echar un vistazo a todo lo que le rodeaba, centrando finalmente su atención en aquel tipo. Su sorpresa fue mayúscula cuando pudo observarlo con detenimiento; era su viva imagen. Llevaba la misma ropa, el mismo peinado y el rostro era calcado al suyo. Cualquiera que no fuera alguien que lo conociera de verdad, no se daría cuenta de que aquel individuo era en realidad un impostor.

–Cinco días estarás aquí, tan sólo cinco días, en los que yo seré... Lorenzo Navas – comentó.

Lorenzo no salía de su asombro, incluso al observarlo pasear lentamente por el sótano de un extremo al otro, se percató de que su forma de andar era muy similar a la suya.

–Tus amistades, tu familia, tu trabajo... en definitiva, tu vida, será mía durante cinco días – explicó–. Pero como en cualquier juego, se gana o se pierde, y en este caso ambas circunstancias nos afectarán a los dos –dijo mirándolo fijamente.

La mordaza que Lorenzo tenía en su boca y que le llegaba casi hasta la garganta evitaba cualquier réplica. Tan sólo podía limitarse a escuchar lo que aquel loco trataba de explicarle.

–Si nadie descubre el engaño, a los cinco días saldrás de aquí como si nada hubiera pasado, incluso podrás contar lo que quieras a quien quieras –sonrió–, nadie te creerá. Pero si me descubren... tú, junto con la persona que destape el engaño, moriréis –sentenció indiferente, como si no tuviera la menor importancia.

Lorenzo, paralizado por el miedo, intentó gritar con todas sus fuerzas mientras trataba de deshacerse de las cuerdas que inmovilizaban sus manos. Aquel sujeto parecía tener todo bien planeado. Tras unos minutos se rindió extenuado y dejó de luchar.

Celia, desde el otro lado de la estancia, no dejaba de mirar a Lorenzo. Su rostro desencajado era lo suficientemente expresivo como para adivinar que estaba sufriendo una desesperante angustia. Que conociera los motivos de su presencia allí no la ayudaría, por eso Lorenzo ya tenía decidido que de su boca no saldrían explicaciones y evitó encontrarse con aquellos ojos que lo buscaban. Ella era una víctima que

por azar se había encontrado con su final antes de tiempo.

Mientras, Roberto Freire, terminó de revisar los nudos de la cuerda. Sin mediar palabra arrastró a Celia hacía el centro del sótano hasta llevarla justo debajo de una barra que atravesaba longitudinalmente la estancia. Sus intenciones eran claras: iba a intentar ahorcarla. Atada de pies y manos y amordazada, trató de resistirse, pero nada podía hacer contra la ventaja física del asesino. A continuación, desplazó al mismo punto una silla que descansaba junto a una de los muros de piedra. Rápidamente pasó la soga alrededor del cuello de Celia y deslizó el otro extremo por la parte superior de la barra. Después la obligó a subirse a la silla; para ello fue tirando bruscamente hasta que ella se colocó de pie encima del asiento. Una vez ajustada la longitud, de forma que apenas se mantenía de puntillas sobre la silla, ató el otro extremo a una argolla de hierro anclada en la pared. Celia gimoteaba tímidamente mientras su cuerpo empezaba a temblar. Esperaba ya lo inevitable. Tras comprobar la tensión de la maroma realizó la misma operación con Lorenzo, pero éste al contrario que su compañera, ni siquiera se resistió. Sabía que era el final de los dos. No podían hacer nada para evitarlo.

Una vez situados ambos sobre sus respectivas sillas, Roberto descargó toda su rabia propinando una fuerte patada a cada una. Los cuerpos se desplomaron al instante en el vacío, a la vez que se escuchó el crujir de sus cuellos. Allí quedaron balanceándose lentamente hasta que tras un par de minutos se detuvieron. El asesino, apoyado en la fría y húmeda pared de aquel sótano, estaba como anestesiado admirando la escena. De repente se dirigió hacia ellos y descolgó sus cuerpos sin vida. Salió por la puerta del habitáculo y regresó al instante con dos enormes bolsas donde metió los cadáveres. Después, agotado, miró su reloj y sentándose en una de las sillas se dijo: *aún tengo tiempo*. Tras unos minutos, que le sirvieron para recuperar el aliento, empezó a arrastrar los cadáveres hacia una rampa ascendente que daba a un gran jardín; un jardín sombrío y apagado, como a él le gustaba que estuviera. Allí le esperaba su vieja furgoneta color ceniza.

Tras cargarlos en el interior del vehículo, cerró la trampilla del sótano y se encaminó hacia la casa con objeto de asearse. Todavía tenía que deshacerse de los cuerpos y necesitaba continuar usurpando la identidad de Lorenzo Navas. Pero eso no acarrearía ningún problema para Roberto Freire pues sabía perfectamente lo que tenía que

El rostro de nadie

hacer, sobre todo porque aquella no era la primera vez.

Consigue tu novela en:

<https://www.bubok.es/libros/238337/El-rostro-de-nadie>

